

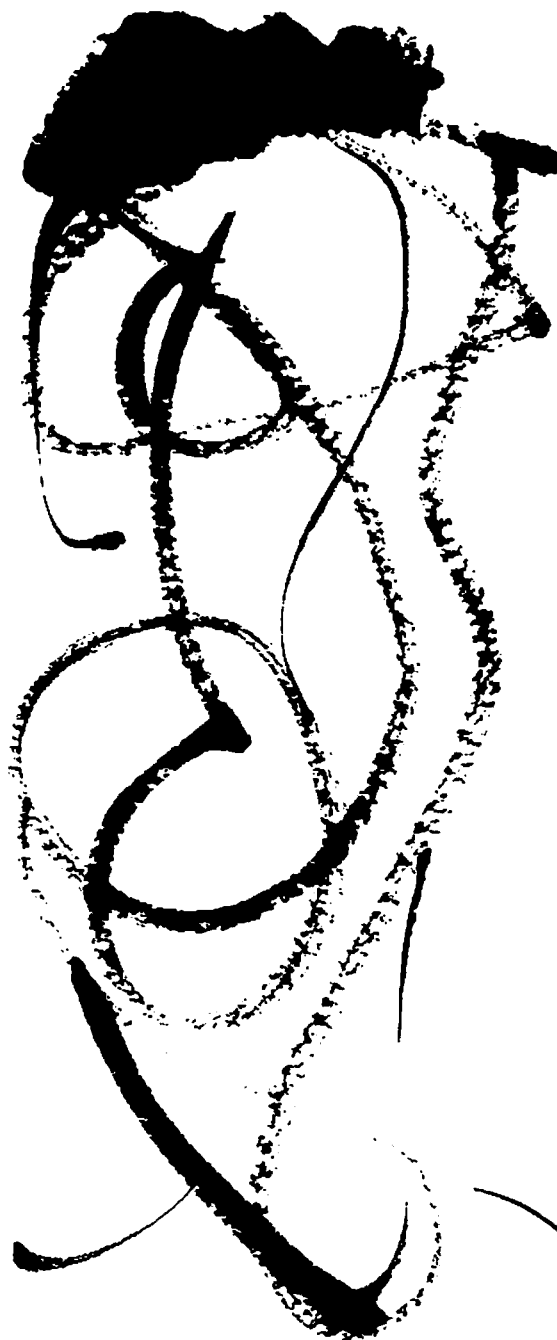
Prefiero usar vestidos ligeros

Alejandro Ariceaga

El de ayer no fue tan aparatoso ni me conmovió, eran las doce y media, calorón de los buenos en temporada de lluvias, mi abuela decía mañana esplendorosa tarde borrascosa, yo sentía la ropa embarrada al cuerpo, qué barbaridad, por eso prefiero usar mis vestidos ligeros. El compactito nissan se llevó lo peor, así decía mi prima, creo que Agustina era la del dicho: el descalabro más aparatoso: cofre como acordeón, destrozado, chorreando el aceite, la gasolina y el agua del radiador, yo me estaba tomando una limonada con tehuacán y por poquito se me derrama en el vestido verde pistache, luego es difícil quitarle las manchas, también con limón y sal. El ford topaz quedó bastante abollado del lado del chofer, los dos se bajaron con la cantaleta de siempre: no, que usted, venía como a setenta, y la esquina sin señales, yo tengo la preferencia, no, que yo, a punto de pelearse y los curiosos de siempre manifestando su parecer y diciendo su verdad. Mi abuela decía: más vale un minuto tarde que un minuto de silencio, yo no sé por qué las prisas. Con esta canícula parece que estamos en Arcelia o por lo menos en Acapulco: si sueltas un huevo en el pavimento hasta se hace estrellado, así y asado y frito, como decía mi tata Chole y yo me la paso con los rubores echándome aire con una libreta que dice *Mi diario vivir*.

La semana pasada hubo dos: un vocho contra un celebrity en el cual viajaban una señora con dos menores, la pendeja nada más iba tocando el cláxon, como si eso fuera solución para circular impunemente de lado a lado, esas ricas sienten que la ciudad es suya, se van peinando, la cabezota llena de tubos y cacareándole a los niños: te comes la torta de jamón que puse en tu mochila y le dices a la señora que a la salida vengo a platicar con ella y por eso pasan estas cosas. Como decía mi abuela: un ojo al gato y el otro al garabato, pasando a toda velocidad por las bocacalles, piensan que los conductores que vienen a encontrarse con ellas en un cruce van a detenerse como por arte de magia. Para mí, la ricachona tuvo la culpa, llevaba una blusa morada igualitita a las que me gustan y el otro pobre, sin deberla ni temerla como se dice vulgarmente, a padecer la histeria: pelafustán pelangoche por mi cuenta corre que mi marido hará que lo metan a la cárcel, barbaján, cadena perpetua mínimo y me va a pagar todos los daños de mi coche, apenas el mes pasado lo sacamos de la agencia, todavía ni placas tiene, y la gorda les pedía el teléfono celular y márcale a tu padre, que traiga a la Aseguradora que traiga

al jefe de Tránsito o que llame al secretario de Gobernación que es amigo de la familia, fíjese usted nomás, para que sepa exactamente con quién le tocó perder pobretón miserable pelagatos comecuan-dohay. Y se dirigía a los curiosos, ustedes son testigos y los vecinos ni le respondían y ella arengaba por estos muertos de hambre que de milagro llegan a tener una carcacha sucede lo que sucede, por eso estamos como estamos, como dicen en la tele, tienen razón los locutores: los coches no se inventaron para los tarados ni las flores



G. Otrillo 93

Alejandro Ariceaga. Escritor y periodista. Autor de, entre otros títulos, *Ciudad tan bella como cualquiera*, *Clima templado* y de la antología *Estado de México/donde nadie permanece, poesía y narrativa (1690-1990)*. Actualmente es Jefe del Departamento de Literatura del Instituto Mexiquense de Cultura.

para los burros. Y así, hasta que llegaron dos patrullas, una ambulancia de rescate y dos grúas y unos elementos de la policía se llevaron al pobre conductor del vochito destrozado. Y a la gorda y sus cochinitos los metieron en un mercedes negro y les dieron a comer pan y terrones de magnesita. Todos ilesos, gracias a Dios, que protege a los que van a misa.

Otro día fue un mercury del año contra ipara variar! un taxi placas u ve equis ciento treinta y uno que circulaba de norte a sur por la avenida principal. Aquí el conductor del taxi se bajó chorreando sangre por las orejas sin que se le percibiera ninguna herida, yo creo que nada más del impacto se le destrozaron algunos órganos internos o sepa la bola, el caso es que se bajó como borracho dejando la portezuela abierta ante la consternación de los vecinos que empezaron a salir de sus casas, el morbo de siempre, asomarse por las ventanas y las azoteas para contemplar el dolor ajeno. Y el del mercury se puso a distancia para contemplar con ojos de incredulidad el estado en el cual quedó su automóvil: in ser vi ble, igual que se contempla una casa consumida por las llamas o una ciudad devastada por las bombas.

Cuando miro sangre me pongo muy nerviosa: se me altera el pulso, me sudan las manos, el corazón me late más aprisa, se me seca la boca, siento que los cachetes se me incendian, se me asusta el hambre, me sofoco, me invade una conmiseración enorme, me llega una pena muy grande y sin darme cuenta ya le estoy rezando a la Virgen del Perpetuo Socorro, acuérdate de tus hijos y ténles compasión. Digo esto porque hará cosa de un mes ocurrió uno de los más fuertes que he visto y con mis vestidos ligeros me puedo ventilar: hago mecer la tela como si fuera una flor que me abanica, o como si yo fuera una flor que produce el aire con su propia corola.

Esta era una camioneta cerrada, marca dodge, tipo ram charger, grandota, color gris perla con aplicaciones negras, muy lujosa de veras, con los asientos tapizados como de terciopelo y su tablero de lujo. La otra, una ford tipo panel, verde oscuro, me acuerdo, porque también tengo una blusa de ese color limón chiquito de Michoacán en el otoño. Hacía un calor no tanto como el de estas mañanas, pero sí como el de las tardes de otoño en Cuernavaca, donde vivió mi prima Agustina con su marido Manolo tan feo pero tan simpático. No puedo aventurar quién tuvo la culpa, la verdad, estaba distraída probando la diet coke por el miedo a las llantitas, pero de pronto, ipácatelas!, el estruendo característico, un golpe seco, rechinido de llantas contra el pavimento, metal que choca, vidrios que se rompen, un cláxon descontrolado, algunos gritos y también, como escenas de película a cámara lenta, los pedazos de vidrio y de metal, los tornillos

que dan maromas en el aire y van cayendo así, dando de vueltas, en aquellos acercamientos como video clips o alguna cosa parecida, entre el polvo y la basura. Luego nada más la nube negra de la desgracia. Un silencio como el silencio de la eternidad, como si nunca hubiera existido el ruido. Silencio momentáneo y a mí sudándome las piernas, la respiración entrecortada, el asombro y el pavor, echándome aire con el vestido para ventilar lo más interno de mi cuerpo, como si quisiera ventilarme el centro del alma, ¡Dios mío!, otra vez, otra vez la burra al trigo, como decía mi abuela, otra vez en esa misma esquina. Y cuando la nube se disipa, quietud, la diet coke me sabe a medicina y se me atora en la garganta, las manos se crispan, algo impulsa mi cuerpo hacia las jambas. La nube se disipa, digo, y aparece el cuadro, como dirán los periódicos al día siguiente: dantesco: ahí se desprenderá una portezuela, un brazo desarticulado caerá por la ventanilla destrozada, algunas caras sucias y sanguinolentas asomarán a la claridad del día con ese gesto que puede ser el mío, angustia, incredulidad, dolor, sorpresa, una defensa de metal termina su recorrido por la atracción de la tierra, más sonidos metálicos, innecesarios ya, contribuyen a la desazón.



La multitud otra vez, otra vez la burra al trigo, la curiosidad malsana que acude y se aglomera en torno de las víctimas y no, nadie hace nada por ayudar, la confusión, todos los teléfonos públicos en veinte cuadras a la redonda están inservibles, así es la cosa, en esta ciudad que parece en ruinas, cotidianidad deshumanizada, al decir de la tata Chole, todos a mirar cómo sufren los otros que no soy yo, como si nunca me fuera a suceder eso mismo. Un río de sangre se confunde con agua y gasolina, con aceite y con basura, acarrea partículas de chapopote, rojo y negro, como el vestido que yo usaba en los velorios, muerte, velorio al día siguiente en los hogares de estos desgraciados que entonces bajarán de los autos volcados, intentarán salir y algunos lo conseguirán trabajosamente, otros no, otros yacen ahí, entre hierros y láminas retorcidos, con el último rictus, el más importante de sus vidas. Llegarán, llegaron las patrullas, las ambulancias, las grúas, las luces ocre, verdes y rojas que le dan a estas escenas el color fatídico, el color de la muerte que decía mi abuela. Bajarán, bajaron los ambulantes, las camillas. Traerán, trajeron herramientas para liberar a los cuerpos de sus prisiones de chatarra. Como a mí lograron liberarme. Escucharon, como yo, los quejidos, las voces que suelen buscar una explicación a la tragedia, los alegatos también innecesarios. Tomaron nota en sus libretas para dar cuenta de los hechos, como yo tomo notas en mi *Diario* para registrar las emociones importantes de mi vida. Eran dos camionetas que trasladaban seres humanos de un lugar a otro, y yo quiero pensar en la ilusión al adquirirlas, como ayuda para el trabajo, para llevar a los niños a la escuela, para llegar temprano y no mojarse en las tardes lluviosas de Toluca. Y las dificultades para pagar las letras, obtener los documentos, las privaciones del caso. O si eran familias pudientes y no hubo necesidad de privaciones para adquirir la charger o la panel. Lo que sea. Y ahora estaban ahí, en medio del episodio que yo viví, patas arriba, como quien dice, las llantas sueltas y yo mirando una de ellas que siguió girando minutos después de aquel impacto, como si se hubiera independizado del engranaje que también inventaron otros seres humanos. Todo reducido a ruinas. De seguro así lo vería Agustina, si viviera.

Esto yo no lo olvido. Jamás olvidaré aquel otro, entonces sí llovía, y es cuando me pongo una falda de acrílano grueso, para el frío, café clara, porque el guasón de Manolo me dijo que me veía muy linda, cuando de pronto ¡crás!, otra vez el ruido seco. Esa vez los ambulantes se llevaron a dos personas heridas. Miré las sábanas blancas con sus manchones rojos en diferentes tonalidades, con las que estaban envueltas, bajo las cuales se escuchaban los lamentos y se notaban movimientos lerdos. ¿Por qué la gente, cuando va a morir, pierde los zapatos? Miré algunos zapatos alrededor de la combi despedazada, el otro era un jeta seminuevo, y de una o del otro salieron disparados tres cuerpos, uno de ellos por el parabrisas, la gente de este país que no se acostumbra a usar los cinturones de seguridad. Alguien impidió que fueran tocados los cadáveres. Un joven los cubrió con periódicos y con franelas rojas de las que sirven para limpiar esos autos cuando todavía los lucen. Luego llegaron los del Ministerio Público, como siempre llegan, después de todo, a veces dibujan la silueta de los cuerpos, así como quedan, sin faltar la viejecita que pone cromos del Sagrado Corazón o del Santo Niño de Atocha, las veladoras que también aparecen a media calle, ramos para convocar a los espíritus.

Hoy vendrá Manolo, con mi dispensa quincenal. He perdido la cuenta de lo que han visto mis ojos y de lo que ha sentido mi cuerpo desde esta misma silla de ruedas. En estas páginas que arropo con cariño, para darles calor, con mucho celo guardo la historia de mi vida. Once, doce años de mirar al mundo desde esta parte. Y a veces todavía se escuchan trinos. Petirrojos y canarios. Golondrinas que

pasan. Palomas. Mariposas. Hace ya muchos años que dejaron de venir chupamirtos y libélulas. Vida que se va ahuyentando, como la mía.

Esta mañana no ha pasado nada. Nada más que un susto. Un rechinar de llantas. Voces malhumoradas. Dejé sobre la cama esa capita que me regaló Agustina, esa es de lana legítima, color natural, y es un recuerdo muy querido. Preferí ponerme este vestido ligero. En mañanas así, cuando no sucede nada, yo prefiero mis vestidos vaporosos, transparentes, porque me dan la sensación de no llevar nada puesto.

